

lugar donde eternamente moran los hombres verdaderamente gloriosos; pero eran rechazados con energía por los héroes que guardan el vestíbulo.

Atrás, iba á decirle el severo espartano cuando oyó adentro la voz de Bolívar.

El Padre de Colombia se paseaba cerca del pórtico, con ceño adusto, la cabeza inclinada, los ojos tristes y envuelto en su manto tal como andaba por las playas de Santa Marta en sus postreros días, y así como lo esculpíó Tenerani. Cada vez que oía llamar á la puerta, se acercaba á recibir al que llegaba.

—Tal vez sea un cubano, le dijo al conserje, ábridle y le veremos.

Así lo hizo el griego y apareció en el umbral una figura marcial. Tenía en la mano un gran machete, su rostro estaba tostado por el sol y por la pólvora, le chorreaba la sangre de dos heridas.

—Soy Antonio Maceo, y vengo de la Estrella Solitaria, de la Perla de las Antillas; he caído luchando contra la Esclavitud, por la libertad de un pueblo, en pró de los derechos de una raza; soy de la misma cepa de Washington y Nariño, de San Martín y de Hidalgo.

Con tal altivez habló el héroe cubano, que su voz resonó por todos los ámbitos del sublime recinto. Al oírlo acudieron al portal gran número de próceres y de mártires, soldados y capitanes, apóstoles y caudillos. Había allí de todas las naciones y de todos los tiempos: israelitas y lacedemonios, irlandeses y polacos, cubanos y paraguayos, húngaros y alsacianos, abisinios y malgachos.

—Dudáis de mi derecho para entrar aquí? les dijo Maceo; pues si no bastan mis largos servicios, mis gloriosos triunfos, la sangre de mis heridas, los cadáveres de toda mi familia, mirad hacia allá abajo; y les señaló la Península ibérica.

Todos tendieron entonces la vista y vieron á la antigua España, la descubridora del Nuevo Mundo; la conquistadora de los aztecas, de los incas y de los chipchas; la vencedora de los moros; la que triunfó en las Navas; la que triunfó en Pavía; la que triunfó en Lepanto; la que detuvo en su marcha impetuosa al carro de fuego donde iba Napoleón, paseándose por el mundo, hollando los pueblos y derribando los tronos; la vieron, sí, la vieron entregada á grandes regocijos, en delirio loco, dichosísima, como festejando el más fausto de los acontecimientos.

¿Qué había sucedido? ¿Qué originaba aquel carnaval? ¿Habían acaso descubierto sus hijos una Nueva América? ¿Pusieron en fuga otra vez á las falanjes de Maho-

ma? ¿Tenían prisionero, como en otro siglo, á un monarca poderoso? ¿Caía Roma nuevamente en poder de sus capitanes?

¡Oh! no; aquel delirio era por la muerte de Maceo.

—Que éntre, dijeron todos los héroes, y de todas las salas salieron á recibirle.

¿Cuántas sombras venerables le tendieron la mano! Moisés, Eneas, Codro, Epaminondas, Temístocles, Vercingetorix, Judas Macabeo, Guillermo Tell, Gustavo Vassa, Carlos Martell, Toussaint Louverture, Kellermann, Franklin, Miranda, Sucre, Kosciusko, Byron, Cautopolican, Juárez, Garibaldi, todos cuantos han luchado por la independencia de algún pueblo. Resonaron por doquiera los bellos himnos de las naciones oprimidas, las mil canciones de la Libertad; desde los psalmos compuestos en el río de Babilonia, que cantó en la puerta una tribu de hebreos, hasta la *Marseleses* inventada para ayudar á bien morir á los republicanos, que entonaron allá adentro Rouget de Lisle y un grupo de girondinos.

En triunfo llevaron á Maceo hasta el último círculo, donde moran los que han muerto en la contienda. Allí estaban desde Héctor hasta Girardot y Ricaurte, todos cuantos han caído antes de recibir los laureles de la victoria.

Y en tanto que todo era alegría en la Gloria y que resonaban las liras de Plácido, de Juan Clemente Zenea y de Martí, en un rincón cabizbajos Viriato, Pelayo, el Cid, Gonzalo de Córdoba y Hernán Cortés lloraban amargamente.

Ellos también habían alcanzado á ver los regocijos en que estaba su patria.

EDUARDO POSADA.

(El Siglo, Colombia.)

JUAN CORONEL.

En la velada que para conmemorar nuestro glorioso aniversario, se celebró el 24 de Febrero en San Salvador, bajo los auspicios del Club "Estrada Palma", tuvo ocasión el elocuente proscrito colombiano, de pronunciar un bellissimo discurso. Oración de indiscutible mérito que quisiéramos trasladar entera á nuestra hoja para honor de ella y solaz de nuestros lectores; pero que por las pequeñas dimensiones de este periódico y la extensión de aquella, nos vemos precisados á mutilar, reproduciendo fragmentos al capricho ya que selección no cabe en tan concluida manifestación de la oratoria americana.

—Es preciso establecer como dogma en el derecho internacional la solida-

ridad de América. Quien vulnera en sus prerrogativas á una de las repúblicas indo-latinas, vulnera también á la totalidad de ellas. Un tiempo, los conquistadores sorprendieron á la inerme raza autóctona y la avasallaron á fuego y sangre. Corrieron los siglos; del polvo de nuestros antepasados, que perecieron en continuas inmolaciones, se formó una generación de invencibles que desde las márgenes del Orinoco hasta las nevadas cimas del Potosí, paseó con orgullo el estandarte republicano. Unión é independencia eran su divisa. Desde las selvas de Angostura volaban audaces, como las águilas andinas, al Puente de Boyacá, rompían al enemigo, cabalgaban después sobre el Pacífico, paraban la carrera del sol y rigiendo el duelo como desde altura propia de los dioses, Bolívar, Sucre y Córdova renovaban las épocas de Aníbal y Escipión, menos grandes en sus contiendas que aquellos en las de Ayacucho y Junín. Luego, el genio de la emancipación vuelve á su patria los ojos, la ve oprimida, parte como flecha y atraviesa inmensidades, únese á Páez, Hércules de lanza y espada, alumbra el sol de Carabobo, ruge herido el león de Siberia, relincha gozoso el libre corcel de los llanos, pierden los españoles la fortaleza de Puerto Cabello y desde el monte Avila va á proyectarse en las azules y dormidas aguas de aquella bahía, la tricolor bandera que entrevió el General Miranda cuando en Valmy peleaba por la libertad universal.

Decidme, ¿es que á Bolívar le detenia en sus impulsos la consideración medrosa de que conquista y dominio por la fuerza son títulos legales de soberanía? Lejos de eso; emancipado el continente, ya no veía las horas de libertar á Cuba, idea capital que le inspiró la convocatoria del Congreso de Panamá. Pues el hijo de América que acepte la privanza de la fuerza opresora sobre el derecho y siquiera discuta la conveniencia de la guerra cubana, es indigno descendiente de Bolívar, ciudadano espúreo que no merece ni aun la calidad de súbdito de Menelik, siervo que inspira aversión y al que debiera extraérsele la sangre indígena que tenga, pues no son los glóbulos rojos de Cuauhtemoc, Atahualpa y Tecum-Uman para que los lleve quien de la esclavitud se enamora, sino aquél que prefiere el penacho de plumas como Hatuey, al borceguí y la casaca del humillado cortesano.

En lo antiguo y en lo moderno puede haber pueblos que iguallen á Cuba, como valiente que es ella hasta el exceso. Mas no hay quien la aventaje en esa condición, que da hermosa idea de cómo entiere los mandatos de la dignidad. Pruébalo esta guerra, que lleva ya dos años, y en la cual los patriotas, como en *Las Queseras*, caminan siempre á paso de vencedores y amenazan hoy las goteras del palacio de los Capitanes Generales. Cuando el 24 de Febrero de 1895 estalló la rebelión al grito de ¡viva Cuba libre! los primeros soldados de la independencia eran unos pocos, sin más elementos de guerra que el machete desnudo y tajante. Hoy ascienden á 50,000 hombres, de

los cuales sólo tres quintas partes llevan armas y tienen en jaque á una nación europea, que juega actualmente sus últimos recursos en el azar de la guerra. Ese transporte de fusiles y municiones á las playas cubanas, burlando la vigilancia de la escuadra española, deslizándose audazmente por en medio de sus buques, sosteniendo escaramuzas en el mar y aceptando batallas en suelo firme, hasta dejar el material de guerra en manos de quienes lo aguardan como pan bendito, forma un conjunto de proezas que causan entusiasmo delirante en quienes opinamos que es mejor pasar bajo el rasero de las llamas todo lo que encierre el amado suelo nativo, antes que permitir su gobierno y explotación por las naciones extranjeras.

Nada preocupa tanto el interés universal como la guerra de Cuba, que puede ser origen de inesperados acontecimientos, si en ella interviene la República del Norte. He ahí como un hombre solo, animado por ideales de redención, señala derroteros al destino de la humanidad. Vivió en Centro América un soñador divino, rey de la palabra, artista mágico de la pluma, que iba aunando voluntades en apoyo de Cuba libre, al par que trabajaba para ganarse la vida. Dicen de Colón que llevaba en la cabeza un mundo.—Pues en aquella frente ancha y venosa de José Martí, la libertad habíase posado, como el condor errante que al fin halla el pico enhiesto donde concluye su carrera. Yo veo el subsuelo, decía Martí á los desconfiados que pretendían desanimarle enseñándole el territorio patrio sometido sin contradicción aparente al español. Y es que desde la altura de su genio penetraba en el corazón de los cubanos y leía las frases cabalísticas que en callada soledad graban los sentimientos patrióticos proscritos del reflujo de la vida pública por los autócratas. Fundó Martí clubs separatistas en Nueva York, Florida, Tampa, Cayo Hueso, hoy arsenales de la rebelión y antes cuna del partido revolucionario. Cada obrero afiliado en las asociaciones conspiradoras dejaba semanalmente una contribución para la patria y esas economías fueron base de la guerra. Escribía Martí en los periódicos, daba conferencias en los clubs y á través de sus palabras se escuchaba el impaciente caracolero de los caballos que aguardaban en Gómez y Maceo á sus ginetes inmortales. De los Estados Unidos marchábase á recorrer todo Hispano América, al servicio de la propaganda, hasta cuando llegó á Cuba, vió al pueblo pasando lista en los campamentos y venció por los siglos de los siglos, porque supo morir por la patria, que es dulce y decoroso, como lo dice el apóstol.

Destino que riges la marcha de los pueblos y los conduces á frescos oasis de dicha, atravesando eriales; deidad misteriosa que decides los resultados en la guerra y de laurel coronas á tus escogidos; á uno y otra os invocamos en favor de esa doliente Cuba; premiad, como bien lo merecen, la virtud republicana y la decisión valerosa de sus